



que envió a comprar la señora de Ramírez (madre) a uno de los chiquillos a la tienda de la esquina, y la madre — de los chicos, entienda, y por tanto señora de Ramírez hijo — no hiciese su aparición en el hogar hasta bien avanzada ya la tarde sin secar, por cierto, a ni medio hilvanar: dubitativa y balbuceante una explicación coherente que tranquilizase al afligido esposo que, demudado y temeroso desambulando sin rumbo por la pequeña habitación y elevando la voz y los ojos al cielo, se obstinaba en darla por secuestrada o quién sabe si muerta y, besando en la frente al menor de los hijos, se dolía vencido por el dolor, deshecho en lágrimas...

— Ya es suficiente! — se encaro, autoritario, el mayor de los chavales con el padre cominándolo, la vista fija en las palabras que las manos del abuelo ejecutaban a gran velocidad y en tono contentado, a no continuar pronunciando tamaña sarta de disparatados desatinos.

Acto seguido el anciano se sentó de nuevo en su butaca y continuó mirando la televisión y el chico, muy educado, solicitó permiso de sus mayores para regresar a la esquina de la mesa donde se hallaba enfrascado en sus deberes.

— Es que, este hijo mío — explico, y quise entender que por salvar la situación algo tensa a que había dado lugar la incongruente perorata de Ramírez, la madre de mi anfitrión —, no sé qué le pasa que a veces se desbordea, se embala, tira por la tranca sin querer ni siquiera atender a que las cosas suelen ser menos dramáticas, mas sencillas... Y, así — agrego, dándole una mirada de soslayo, sin dejar de cabecear —, de un

Versaciones de un chupaplumas

Puede llamarme Sonia



— ¿“Puede llamarme Sonia”?

— Sí.

— ¿dijo que la podías llamar Sonia?

Y se pone de pie, y camina hasta el ventanal y se queda, un rato, allí mirando los coches y las gentes y los escaparates del otro lado de la calle donde, recuerdo, novias de cartón piedra exhiben trajes blancos, sonrientes, inmaculados e impolutos contemplando, a salvo de las primeras gotas de una lluvia gruesa, cómo las formas de las nubes se van modificando, inmóvil, despacito, indiferentes, para dejar de ser el mapa de algún país en el que nunc...

— Eso es exactamente lo que dijo.

— ¿Estás seguro?

— ¡Y tanto que lo estoy!

— ¡Qué desfachatez!

— Y que por qué no... Además —. Le digo, porque quiero ser muy veraz, muy estricto, ponerlo al corriente de los hechos puntualmente y tal, paso por paso, como van sucediendo.

— ¿Y que qué bobada?

— Exacto: tú lo has dicho.

— ¡Lo has dicho tú!

... y convertirse en un dragón rugiente amenazando, con su lengua de fuego¹, con obedecer no a ningún impulso o necesidad o convicción propia pero sí a algo monstruoso e irracional que embargaba su alma y, sacudiendo la cabeza, resolver moverse — pues ya he dicho que permanecía de pie, de espaldas, mirando inmóvil hacia la ventana —, no con mucha resolución pero sí la suficiente para abalanzarse sobre mí de improviso y, propinándome puñetazos y patadas, increparme y proferir nuevos insultos que, sólo por preservar lo que quién sabía para quién en medio de tanta confusión era tal vez un estilo que convenía cuidar prescindiendo de reiteraciones innecesarias — dijo, con enorme sequedad — me invitaba a omitir aunque, lo

¹ Me llegó a llamar “Hijo de puta”.

Puede llamarme Sonia

sabía... “¡porque te conozco, pedazo de cabrón!”, yo iba a hacer lo que me diese la gana.

– ¿Yo?

Y él que pues que claro y que quién si no.

Y que qué lástima de no tener más amigos que yo en los que haber podido depositar su confianza, y sus ilusiones, y sus esperanzas de hacer llegar a alguien a ser el escritor nuevo, distinto y diferente, que él no supo ser...

– ¿Y quieres saber por qué? – inquiera, endureciendo la mirada y agarrándome por las solapas² de manera que, los pocos clientes que no abarrotan el local³, aunque nos dediquen alguna mirada ocasional ni se inmutan habituados, en estos tiempos en que todos pasamos ya de todo, a las escenas violentas...

– Sé muy bien por qué – respondo, obligándolo de un tirón a soltarme; y, sentándome de nuevo con mucho aplomo, le espeto a bocajarro –: ¡Porque eres un cobarde!

– Y tú – él a quemarropa – un chupatintas de mierda.

– ¿Yo un chupatint...

– Tú, sí; tú, tú, tú.

Y que eso es lo que me pierde.

Y que tengo un sentimiento muy filmico de la vida; y que la vida es otra cosa y que yo tengo la mente muy deformada de ver tanto cine, por las tardes, matando las horas de cualquier manera porque soy un ser sin inquietudes ni ambición de superación ninguna que no sabe utilizar su tiempo libre...

(Continuará)⁴

² Un poco al estilo Humphrey Bogart, se me ocurre, pero ya veré.

³ Me gustaría decir que había muchos, sentados a las mesas, en mangas de camisa y con sombreros echados hacia atrás o un poco ladeados, jugando al póker y bebiendo whisky. Pero, no; el establecimiento está casi vacío, sin más concurrencia que tres señoras de edad enojadas, pintadas y teñidas que juegan al continental, que no es lo mismo...

⁴ Dijo, de repente, en tono tan cordial y amigable que pensé que estaba contento, satisfecho del rumbo que al cabo de tantos intentos fallidos empezaban a tomar los acontecimientos.